



RESEÑA

Recibido: 29 de junio de 2021. Aprobada: 30 de agosto de 2021.

DOI: 10.17151/rasv.2022.24.1.14

The Bioarcheology of Structural Violence. A Theoretical Framework for Industrial Era Inequality

Lori A. Tremblay y Sarah Reedy (Eds).

Springer International Publishing.

2020. 289 p.

AURORA MARCELA PÉREZ-FLÓREZ

Maestra en Antropología Física. Escuela Nacional de Antropología e Historia. Ciudad de México, México.

✉ auroramarcelperez@gmail.com

ORCID: 0000-0002-2968-8748

📖 [Google Scholar](#)

La violencia tiene una larga historia en nuestra especie, ha impactado las experiencias de vida de todos los seres humanos desde el paleolítico –o incluso antes– hasta nuestra época; es, ha sido y seguirá siendo parte de la existencia humana (Keeley, 1996, 2014; Guilaine y Zammit, 2005; Gat, 2006; Tooby y Cosmides, 1988). Este fenómeno multidimensional, históricamente contingente y específico en el tiempo y en el espacio, adquiere su significado en el contexto cultural e histórico en donde se circunscribe. Por consiguiente, no todos los actos de violencia son expresados, comprendidos, ni experimentados de manera idéntica por todos los individuos de la misma población o de diferentes poblaciones; lo que para unos es un comportamiento violento para otros no lo es, así como, lo que hoy consideramos violencia es probable que en el pasado no haya sido castigado o definido de esa manera (Koziol, 2017; Scheper-Hughes y Bourgois, 2004; Ralph 2013).

En lo que respecta a la violencia en el pasado, uno de los mayores problemas es su definición; esta se ha reducido a la violencia directa y frecuentemente se le considera como un sinónimo de guerra o de conflicto, cuando la definición de estos términos también varía dentro y entre las disciplinas (Redfern, 2017; Ferguson, 2008; Whitehead, 2004).

Cómo citar esta reseña:

Pérez-Flórez, A. M. (2022). Reseña de The Bioarcheology of Structural Violence. A Theoretical Framework for Industrial Era Inequality. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 24(1), 301-307.
<https://doi.org/10.17151/rasv.2022.24.1.14>



Este hecho ha disminuido la comprensión de otras formas de violencia en muchos estudios arqueológicos y antropológicos (Klaus, 2012; Pérez, 2012; Ralph, 2013), mostrando solo el aspecto sensacionalista y haciendo ver esta como un mal necesario o como un comportamiento abominable (Martin *et al.*, 2012).

Sabemos hoy que la violencia se utilizó en el pasado para resolver un sin número de situaciones (Whitehead, 2004). Los bioarqueólogos han sugerido que se usó para la retribución de las injusticias, mantener la jerarquía dentro de la sociedad, rendir homenaje a los dioses o culpar a alguien por sequías o epidemias, entre otros (Martin *et al.*, 2012). Por lo tanto, sus diversos usos y funciones no se limitan a los daños físicos que la violencia pudo ocasionar y, en consecuencia, una definición enfocada solamente en la violencia directa debería quedar al margen de cualquier análisis. En 1969, el sociólogo Johan Galtung ofreció una forma dinámica de representar la generación de la violencia, incluyendo la violencia cultural y estructural como parte de la ecuación. En el triángulo de la violencia propuesto por Galtung, la acción física visible en el cuerpo no nace de la nada, sino que tiene sus raíces en la violencia cultural y en la violencia estructural que dan forma a las acciones del individuo o del grupo social y, que, a su vez, en un círculo vicioso estas violencias son reforzadas por la violencia directa. Por lo tanto, la violencia estructural es el resultado de todas las reglas, leyes y maniobras políticas que limitan el acceso a recursos críticos a algunos grupos dentro de una sociedad, mientras que otros tienen acceso (Farmer, 2004; Galtung, 1969).

Desde el punto de vista bioarqueológico, han surgido diferentes propuestas (Bright, 2020; Harrod y Martin, 2015; Klaus, 2012; Klaus y Tam, 2009; Mant y Holland, 2019; Nystrom, 2014; Pérez, 2012), siendo el texto editado por Tremblay y Reedy y, titulado *The Bioarcheology of Structural Violence. A Theoretical Framework for Industrial Era Inequality*, una de estas propuestas. El argumento principal que exponen los editores de la obra deriva de los planteamientos propuestos por Galtung y su aplicación en el análisis bioarqueológico. Sabemos por experiencia que problemas relacionados con el acceso diferencial a los recursos, injusticias y desigualdades justificadas por condiciones de género, identidad, clase social, etnia, entre otros, causan tanto daño a la vida de las personas como un golpe letal y, además, estos daños pueden tener un impacto multigeneracional tanto biológico como social (Elbert y Schauer, 2014). Por lo tanto, los vínculos existentes entre la morbilidad y mortalidad de los individuos con los contextos políticos, sociales, económicos y ambientales podrían manifestarse en las estructuras óseas y dentales que analizamos. Estos factores tendrían efectos acumulativos

en las condiciones de vida de las personas y podrían leerse a través de sus esqueletos.

Sin embargo, cualquier disparidad en la salud de una población no debería etiquetarse de manera automática como violencia estructural. La violencia estructural es difícil de ver y de medir, pues el daño que produce forma parte del funcionamiento social, por lo tanto, se encuentra normalizada en el registro histórico. Dada la dificultad de rastrear la violencia estructural en el pasado, los editores de la obra retoman la propuesta de Klaus (2012), el cual recomienda estudiar este tipo de violencia en poblaciones con sistemas sociales rígidamente jerárquicos, como las poblaciones de Europa occidental con políticas económicas de estilo capitalista. En consecuencia, la obra se circunscribe dentro del marco temporal del advenimiento de la Revolución Industrial. Como lo mencionan los diferentes autores, la industrialización no es un período rígidamente delimitado, sino, un proceso complejo y multivariado que se extiende desde los siglos XVIII al XX. La mayor parte de esta obra explora los contextos de este proceso en Europa, especialmente en países como Inglaterra, Portugal, Italia y Noruega y, en Estados Unidos, en ciudades como Nueva York, Búfalo, Nueva Orleans y Cleveland.

Como se explica a lo largo del texto, la rápida urbanización de las ciudades trajo como consecuencia un cambio en las estructuras políticas, económicas y sociales que produjeron condiciones adversas para la mayoría de la población. Sin embargo, la fuerte jerarquización social disminuyó las malas condiciones de vida para las clases altas (con sus excepciones, ver capítulo 2), mientras que las clases más bajas vivían en condiciones de hacinamiento y malas condiciones de salud, al tiempo que enfrentaban el aumento de los costos y la disminución de los salarios, los trabajos forzosos, la contaminación, la desnutrición, el saneamiento deficiente y la falta de atención médica (Tremblay y Reedy, 2020). El desenlace que se puede leer al largo de los capítulos fue el deterioro de la salud de los individuos, evidenciado en las altas tasas de mortalidad, la disminución del crecimiento, la evidencia de marcadores de estrés fisiológico y ocupacional, la presencia de traumatismos y otras condiciones patológicas, entre otros factores; tanto en hombres como en mujeres de todas las edades.

Para analizar el marco de la violencia estructural y sus aplicaciones, los editores dividen la obra en dos temas principales: la violencia estructural manifestada en la desigualdad de género y la violencia estructural presente en las desigualdades sociales y socioeconómicas de grupos marginales. En la primera parte, se aborda la violencia estructural desde las experiencias

de las mujeres a lo largo de la intersección de sus identidades, específicamente la clase y el género a la que pertenecen. Por ejemplo, durante la época victoriana los sistemas sociales y políticos delinear prácticas culturales responsables de construir “arquetipos” del cuerpo femenino, especialmente para las mujeres blancas de clase media y alta, quienes sufrieron problemas de salud crónicos derivados de la deformación de sus cuerpos por el uso del corsé (capítulo 2). Por su parte, las mujeres blancas de clase baja y otras poblaciones marginadas sufrieron de problemas de salud derivados de la mala calidad ambiental, del trabajo excesivo y de las deficiencias nutricionales, entre otros factores, principalmente en las áreas urbanas (capítulo 4 y 5). Quizás la peor parte les correspondió a las mujeres negras, quienes se vieron violentadas en vida y después de la muerte por ser mujeres, por ser negras y por ser pobres (capítulo 3).

Los diferentes capítulos de esta sección resaltan uno de los argumentos principales de la violencia estructural: son las poblaciones más vulnerables –en este caso, mujeres viviendo en una sociedad en donde prevalecía la ideología masculina blanca– las más afectadas por las limitaciones al acceso a los recursos. Las mujeres estuvieron subordinadas, controladas y perjudicadas a tal punto que al analizar sus esqueletos se puede evidenciar el deterioro en su salud. Estos tratos incluso continuaron después de la muerte para las mujeres negras, cuyos cuerpos fueron mutilados durante la práctica médica y las medidas de sus cuerpos permitieron reforzar las jerarquías raciales de la época.

En la segunda parte, la violencia estructural se analiza a partir de la evidencia histórica y bioarqueológica de los efectos nocivos de la desigualdad y la injusticia reflejada en los cuerpos de las clases más marginadas como: afroamericanos, migrantes, discapacitados, ancianos, enfermos, entre otros. Esta segunda parte analiza dos escenarios: el primero se enfoca en los individuos que fueron institucionalizados o forzados a ingresar y permanecer hasta el último momento de su vida en hogares para pobres o centros de asilo. Los autores (capítulo 6 y 7) demuestran cómo las condiciones de hacinamiento, que a su vez estuvieron acompañados de deficiencias nutricionales, saneamiento deficiente y falta de atención médica, disminuyeron la esperanza de vida de estas personas y sus cuerpos experimentaron formas específicas de estigma y violencia durante su vida y después de la muerte (capítulo 10). El segundo escenario, hace énfasis en la clase trabajadora y en cómo las condiciones de trabajo, inseguras (capítulo 9) e incluso ilegales afectaron su calidad de vida. En estos últimos capítulos es claro cómo el análisis de los diferentes marcadores de estrés fisiológico y las diferencias en los cambios entésicos visto desde los lentes de las desigualdades, pueden ser indicativos de violencia

estructural. Sin embargo, contrario a lo esperado, la mayor parte de los individuos analizados no evidenciaron un deterioro de salud de manera homogenizada, las identidades de los individuos y las regiones del país donde habitaron tuvieron un papel de amortiguamiento muy importante que mitigó los efectos adversos. En pocas palabras, incluso entre las personas marginadas había quienes gozaban de “mejores” condiciones.

Esta obra no solamente es un referente para el estudio de la violencia estructural en poblaciones antiguas sino una muestra de cómo la bioarqueología ha ampliado sus horizontes de investigación en los últimos años. En el momento en que vemos los esqueletos como materiales que personifican a los individuos del pasado, ampliamos la posibilidad de reconstruir la historia de vida de muchas personas más allá de los esqueletos analizados (Agarwal y Glencross, 2011; Sofaer, 2006). El entender que la violencia estructural se manifiesta también en los esqueletos nos permite ampliar nuestras investigaciones actuales y futuras. Los autores de esta obra dejan claro que, ante escenarios de injusticia y desigualdad social similares a los registrados en la Revolución Industrial, nuestras interpretaciones ameritan ser pensadas desde el supuesto de la violencia estructural.

Asimismo, este texto nos permite navegar en la tercera ola de la bioarqueología, revelando cómo el uso de la teoría social ayuda a enmarcar las interpretaciones que se derivan del contexto histórico y del análisis de los esqueletos (Agarwal y Glencross, 2011). Los diferentes capítulos advierten que la confirmación de un hecho violento en el pasado no puede estar respaldada, solamente, por la descripción de nuestros hallazgos en los esqueletos, pues corremos el riesgo de que nuevas observaciones rechacen estas interpretaciones. Así como lo mencionan los diferentes autores, un trauma, un proceso infeccioso, una disminución en el crecimiento o la presencia de cambios en las entesis, no es suficiente para demostrar la presencia de violencia, esta debe estar respaldada con un conocimiento profundo de otras evidencias y apoyada en un corpus teórico que permita enmarcar el hallazgo con otras interpretaciones derivadas desde otras disciplinas.

En cada capítulo es fácil sentirse identificado con la narrativa, pues los procesos descritos siguen sucediendo en la actualidad. El estudio de las violencias en el pasado, sin duda, nos permite ampliar nuestra capacidad de analizar el tiempo hacia atrás y conocer no solo el inicio de estos comportamientos, sino la forma en que los seres humanos hemos combatido sus consecuencias. Quizás la esperanza de todos aquellos que estudiamos la violencia es que las experiencias que registramos y analizamos nos lleven un paso hacia adelante a la no repetición de estos actos.

Referencias bibliográficas

- Agarwal, S. C. y Glencross, B. A. (2011). *Social Bioarchaeology*. Wiley-Blackwell.
- Bright, L. N. (2020). Structural Violence: Epistemological Considerations for Bioarchaeology. En Colleen, M. C., Julia, R. P. y Hubbe, M. (eds.), *Theoretical Approaches in Bioarchaeology* (pp. 131-149). Routledge. Taylor & Francis Group.
- Elbert, T. y Schauer, M. (2014). Epigenetic, Neural and Cognitive Memories of Traumatic Stress and Violence. En S. Copper y K. Ratele (eds.), *Psychology Serving Humanity: Proceedings of the 30th International Congress of Psychology, Volume 2: Western Psychology* (pp. 215-127). Psychology Press.
- Farmer, P. (2004). An Anthropology of Structural Violence. *Current Anthropology*, 45(3), 305-325. <https://doi.org/10.1086/382250>
- Ferguson, R. B. (2008). Ten Points on War. *Social Analysis*, 52(2), 32-49. <https://doi.org/10.3167/SA.2008.520203>
- Galtung, J. (1969). Violence, Peace, and Peace Research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 167-91. <https://www.jstor.org/stable/422690>
- Gat, A. (2006). *War in Human Civilization*. Oxford University Press.
- Guilaine, J. y Zammit, J. (2005). *The Origins of War: Violence in Prehistory*. Blackwell Publishing Ltd.
- Harrod, R. y Martin, D. (2015). Bioarchaeological Cases Studies of Slavery, Captivity and Other Forms of Exploitation. En Wilson, L. (ed), *The Archeology of Slavery. A Comparative Approach to Captivity and Coercion* (pp. 41-63). Southern Illinois University.
- Keeley, L. (1996). *War before Civilization. The Myth of the Peaceful Savage*. Oxford University Press.
- Keeley, L. (2014). War Before Civilization-15 Years On. En T. K. Shackelford y R. D. Hansen (eds.), *The Evolution of Violence* (pp. 23-31). Springer New York.
- Klaus, H. D. (2012). The Bioarchaeology of Structural Violence: A Theoretical Model and a Case Study. En D. L. Martin, R. P. Harrod y V. R. Perez (eds.), *The Bioarchaeology of Violence* (pp. 29-62). University Press of Florida.
- Klaus, H. D. y Tam, M. (2009). Contact in the Andes: Bioarchaeology of Systemic Stress in Colonial Mórrope, Peru. *American Journal of Physical Anthropology*, 138(3), 356-68. <https://doi.org/10.1002/ajpa.20944>
- Koziol, K. M. (2017). Shattered Mirrors: Gender, Age, and Westernized Interpretations of War (and Violence) in the Past. En D. L. Martin y C. Tegtmeyer (eds.), *Bioarchaeology of Women and Children in Times of War: Case Studies from the Americas* (pp. 15-26). Springer International Publishing.
- Mant, M. L. y Holland, A. J. (2019). *Bioarchaeology of Marginalized People*. Academic Press.
- Martin, D. L., Harrod, R. y Pérez, V. (Eds.). (2012). *The Bioarchaeology of Violence*. University Press of Florida.
- Nystrom, K. C. (2014). The Bioarchaeology of Structural Violence and Dissection in the 19th-Century United States. *American Anthropologist*, 116(4), 765-79. <https://doi.org/10.1111/aman.12151>

- Pérez, V. R. (2012). The Politicization of the Dead: Violence as Performance, Politics as Usual. En D. L. Martin, R. P. Harrod, y V. R. Perez (eds.), *The Bioarchaeology of Violence* (pp. 13-29). University Press of Florida.
- Ralph, S. (2013). *The Archaeology of Violence: Interdisciplinary Approaches*. State University of New York Press.
- Redfern, R. (2017). *Injury and Trauma in Bioarchaeology: Interpreting Violence in Past Lives*. Cambridge University Press.
- Scheper-Hughes, N. y Bourgois, P. (2004). *Violence in War and Peace. An Anthology*. Blackwell Publishing Ltd.
- Sofaer, J. R. (2006). *The Body as Material Culture: A Theoretical Osteoarchaeology*. Cambridge University Press.
- Tooby, J. y Cosmides, L. (1988). The Evolution of War and Its Cognitive Foundations. *Institute for Evolutionary Studies Technical Report*, 88(1), 1-15. <https://www.cep.ucsb.edu/papers/EvolutionofWar.pdf>
- Tremblay, L. A., Reedy, S. C. (2020). *The Bioarchaeology of Structural Violence. A Theoretical Framework for Industrial Era Inequality*. Springer International Publishing.
- Whitehead, N. L. (2004). *Violence*. School of American Research.